

"EL PUEBLO LO LLAMA PABLO"...

por Tito Mundt

NERUDA no puede ser un candidato corriente. La mayoría de los políticos que se dedican al noble deporte de recorrer el país, pronunciar discursos, desfilar, alzar el puño, tender la mano, posar ante las cámaras, decir frases para la historia, participar en los foros, contestar avalanchas de preguntas, jurar programas y no dejar maquinista de ferrocarril sin estrecharle la diestra, son más o menos parecidos.

Pertenecen a ese género del "homo político" del que hemos tenido y tenemos tantos ejemplos en Chile.

Neruda, a pesar de haber sido senador de la república y de haber sido miembro permanente del Comité Central de su partido desde hace años, es biológicamente otra cosa.

No está hecho para el aire enrarecido de la asamblea ni la tempestuosa atmósfera de la concentración pública. Está lejos de los gritos y consignas repetidas hasta el cansancio y de la actuación mecánica de salvador profesional de la Patria a que son tan aficionados sus colegas.

Está hecho de otra pasta y construido de otra madera. El no viene del meeting y marcha a la afiebrada reunión callejera, sino que viene directamente del territorio de la poesía y avanza con las musas de la mano.

Es hermano de la roca, del huir y de la ola y pariente del crepúsculo en medio del mar, de la rubia piel de la arena y de la iluminada canoa de la luna.

Mientras sus congéneres en la maratón presidencial acuden al programa, pasan revista a las cifras y nos atosigan de estadísticas y planes, Pablo entornará lentamente sus ojos maliciosos y vivarachos, sonreirá con una bondadosa expresión de lejanía y moverá las manos como si acariciara una imagen poética en el aire.

Sus discursos serán fatalmente distintos a los rayados discos que ya nos conocemos de memoria. Por algo maneja la lengua española como nadie y es uno de los poetas más grandes de todos los tiempos. Es enemigo personal de la frase hecha y adversario a muerte del lugar común. Hablará en tono soñoliento, pero dirá cosas estupendas.

Y lo más probable es que por primera vez en nuestra historia —llegue Pablo hasta el final o no— sepamos lo que es un discurso bien hecho, lejos de esa cosa transpirada y manida a que nos tienen acostumbrados los políticos profesionales.